



## CAPÍTULO XXXV

Continúa la desarreglada conducta de Eufrosina y la Quijotita; desatinada inversión que le dieron al último dinero que esperaban tener y acabó en una noche en el juego. Discurso del coronel contra ese vicio detestable

Mientras que mi tutor, doña Matilde y yo lamentábamos la suerte infeliz que iba á correr Pomposita, la madre de ella no pensaba más que en el modo de vivir sin volver á ver para nada la cara de su cuñado ni á nadie de su familia, excepto yo, que como sabía hacer mi papel por disposición de mi tutor, nunca tomé partido



descubierto contra ella ni su hija, con objeto de comunicárselas y estar al alcance de todo lo que ocurría en su casa, por si se les ofreciere cosa en que servir las, y porque cuando podía percibir que la necesidad las estrechaba, avisaba á mi tutor, según me tenía encargado, y por su orden les dejaba con disimulo en las almohadillas ó canastas de costura algunos socorros que me daba para ese objeto y con encargo especial de que nunca dijese nada á nadie.

Como desde los primeros días de la separación comenzaron á tener escasez, porque ciertamente nada tenían seguro, y los contertulios no concurrían, porque la casa de un pobre apesta á diablo revolcado en caño de bodegón, doña Eufrosina, echando cálculos, se acordó de la carta de dote que le dejó don Dionisio por la cantidad que había cogido de sus nombramientos de huérfana, y me encargó de su cobro, lo que con la dirección y resortes del coronel, que tomó empeño bajo de secreto, se logró que el juez del concurso, de consentimiento con los acreedores, mandase librar la cantidad que me exhibió el depositario y yo llevé á doña Eufrosina.

No puede ponderarse el gusto con que doña Eufrosina y su hija tomaron el dinero, del que empezaban á discurrir la más célebre distribución, en lo que les fuí á la mano, manifestándoles que nunca necesitaban de más juicio que esa vez, porque esa cantidad era la última

que pudieran haber y no quedaba ya esperanza alguna. Les aconsejé que buscasen con empeño una velería, chocolotería ó bizcochería que traspasar, que se metiesen allí á cuidar de su capitalito, y que mientras se adiestraban en el giro yo les auxiliaría lo posible, principalmente para las compras de la calle. Hicieron buenos gestos cuando pensaban en esto de manejar el sebo, las panochitas; los cohetitos y demás menudencias que se expenden en las velerías; mas por último, demostrándoles yo que peor que todo eso era el morirse de hambre, mendigar ó prostituirse, se determinaron á tomar mi consejo y quedaron resueltas á buscar desde el día siguiente una casa que traspasar y me encargaron la solicitase.

Me fuí y conté á mi tutor la buena disposición que tenían, de lo que doña Matilde se alegró mucho; pero él se sonrió, meneó la cabeza y dijo:

—La cosa es muy buena en las circunstancias de esas santas; mas dudo que lo hagan, porque allí no hay cabeza.

Le repuse que yo creía que lo harían, porque ya la fortuna les había dado buenos golpes; yo les había demostrado que no tenían ya otra esperanza, y ellas, convencidas de todo, se habían resuelto á tomar ese nuevo modo de vivir, para no exponerse á perecer otra vez, y el coronel contestó:

—Todo está muy bueno; quiera Dios que tenga efecto tan laudable proyecto.



Al otro día salí empeñado á buscar casa de comercio á propósito para que la traspasaran, y tuve la chiripa de encontrar una bizcochería y chocolatería en la calle de la Merced, que tenía una habitación interior de dos piezas y su cocinita con uso del patio, que ganaba ocho pesos cada mes, vendía al día que menos doce pesos, querían cien pesos de traspaso y de existencia tendría trescientos. Creí no podía darse cosa más análoga, y que allí asegurarían su subsistencia viviendo frugalmente; y muy contento con tales ideas, me fuí á avisarles á las cinco de la tarde; pero ¿cuál sería mi sorpresa y disgusto al ver que ya habían empleado mucha parte del dinero en cortes de túnicos, tápalos, medias, bretañas, canapés de moda, rinconeros, sillas, tocador, etc., etc.

Les reclamé aquel despilfarro, y me contestaron que tenían necesidad de todo eso, porque no habiéndose criado en la miseria, no podían privarse de cosas tan precisas ni querían verse despreciadas de todos, pues que la gente pobre hiede á mula y zopilote muerto; y terminaron con decirme que no me apurara, porque aún les quedaban doscientos cincuenta pesos. Híceles presente que habían cometido una gran locura, porque nada de aquello les urgía y debieron primero asegurarse de una casita que les diera el pan de cada día, y de la que después podrían ir sacando proporcionalmente para ropa y algunos muebles indispensables.

Oyéronlo todo con mucho disgusto, concluyendo con decir que el dinero que les quedaba ya no era bastante para tomar la casa que yo les proponía, y que por lo mismo se resolvían á buscar otra de menos precio.

Acabamos nuestra contestación, cuando empezaron á entrar algunas de sus antiguas amistades, que habiéndolas visto casualmente por la mañana en la compra de la ropa y demás cosas, calcularon, y muy bien, que era tiempo de volver á divertirse algunos días á costa de aquellas celebérrimas tontas. Cada uno, á su vez, preguntaba el origen de aquella *bolichada*, decían que se alegraban de tan buena suerte, daban sus consejos para la mejor inversión que debía darse á aquel *gran caudal* que les quedaba, y remataron con que para celebrar tan buena ventura, era necesaria una diversioncita, aunque fuese casera, y quedó ésta concertada para la noche del domingo inmediato, encargándose cada uno de convidar á algunos conocidos y doña Eufrosina de prevenirles una merienda y buscar músicos que no fueran chambones.

Á las oraciones me despedí y retiré de aquella casa de locos, lleno de tristeza por contemplar que Eufrosina y su hija iban á dar al traste en pocos días con aquel dinero, que aunque poco, pudo darles qué comer por algún tiempo, si hubieran sido capaces de juicio.

Luego que llegué á casa, conté á don Rodrigo y su



esposa cuanto había pasado; se desazonaron bastante y el coronel dijo:

—Pero ¿qué quieren ustedes que hagan dos personas que nunca han conocido la economía, que no han hecho más que gastar sin saber lo que gastaban y que jamás hubo quién les dijera en el mejor tiempo el modo de manejarse, para no cometer tantos desatinos como han cometido y que han ocasionado su ruina? Es preciso decir y repetir muchas veces para gobierno y aprovechamiento de las señoras mujeres, y particularmente las casadas, que sin virtudes domésticas, no podrán nunca ser felices ni hacer dichosos á sus maridos é hijos; pues las virtudes domésticas no son más que la práctica de las acciones útiles á la familia que vive reunida en una casa. Estas virtudes son la economía, el amor paterno, el amor conyugal, el amor filial, el amor fraternal y el cumplimiento de los deberes de amo y criado. La economía es la buena administración de todo lo que concierne á la existencia de la familia ó de la casa; y como la subsistencia tiene en ella el primer lugar, se ha contraído especialmente la palabra economía al empleo del dinero en los objetos de las primeras necesidades de la vida. La economía es una virtud, porque el que no hace ningún gasto inútil se encuentra siempre con un sobrante, que es lo que constituye la verdadera riqueza, y por este medio se proporciona, y á su familia, todo lo que es verda-

deramente cómodo y útil, sin contar que por este medio se aseguran algunos recursos contra las pérdidas accidentales é imprevistas, de suerte que cuantos de él se rodean viven en una dulce comodidad, que es la base de la felicidad humana. Por el contrario, la persona que cae en los vicios de disipación y prodigalidad viene á verse privada de lo necesario, cae en la pobreza, la miseria y el abatimiento, y sus amigos mismos temen verse obligados á restituirle lo que ha gastado con ellos ó por ellos, le huyen como el deudor huye de su acreedor y queda abominado de todo el mundo. El amor paterno se explica en el cuidado continuo que tienen los padres de hacer contraer á sus hijos el hábito de todas las acciones útiles á ellos y á la sociedad. Los hijos con tales hábitos se proporcionan durante su vida unos goces honestos y auxilios que se hacen sentir á cada instante y que aseguran á su vejez los apoyos y consuelos oportunos contra las necesidades y miserias de todo género que agobian esta edad. Pero por desgracia, muchos padres se extravían en esta parte: no aman á sus hijos, sino que los acarician, les satisfacen todos sus caprichos y los echan á perder. Esta fué la conducta de mi desgraciado hermano don Dionisio y éste el origen de que estas pobres mujeres no tengan hoy cabeza para nada útil y sólo piensen en despilfarros.

Habiendo callado mi tutor, le dijo doña Matilde: